

CULTURA: PROCESO DE HUMANIZACION

Intentar ofrecer de la cultura una noción unitaria y más o menos completa equivale en nuestros días a correr el riesgo de extraviarse en el laberinto de enfoques diversos que provienen de las ciencias particulares tales como la sociología, la antropología y otras, y frente a las cuales la filosofía podría suministrarnos una visión fundamentadora y más totalizante. Sin embargo, es posible apreciar que en esta última la disparidad de posiciones no es menor, por la sencilla razón de que cada pensador aporta su personal punto de vista, como es obvio, de acuerdo a las líneas generales de su propio sistema.

Ciertamente que es siempre posible descubrir un conjunto de rasgos comunes que permiten, a la manera del "hilo conductor" kantiano, formarse una concepción más o menos unitaria de tan compleja e importante cuestión, cuyo peso teórico comienza a hacerse sentir en la filosofía especialmente a partir de Hegel, quien considera a la cultura (*Bildung*) como una de las fases en la evolución dialéctica de la vida, esto es, el tránsito de la inmediatez del ser natural, que es preciso negar, a la universalidad del espíritu. Resultando, de esta manera, que el mundo de la cultura es el mundo del espíritu y de lo universal, características ambas que resultarán definitivas para cualquier posterior teoría filosófica de la cultura.

Por ejemplo, para J. Huizinga en su concepción del hombre como "homo ludens", considera a la cultura como originándose del juego, pero del juego en tanto actividad puramente espiritual y por lo mismo desinteresada y libre. Este rasgo de libertad haría de la función lúdica una actividad del todo diferente del simple juego animal, dependiente de necesidades

biológicas y como un medio interesado de preparación para la vida.

En cambio, para H. Rickert en su intención de encontrar una fundamentación suficiente de las llamadas “Ciencias de la Cultura” frente a las ciencias naturales, estima que la mejor manera de establecerla consiste en recurrir a una base material de distinción, oponiendo los ámbitos respectivos de la cultura y la naturaleza. Así, al referirse a la diferencia entre hechos culturales y naturales, manifiesta: “Los productos naturales son los que brotan libremente de la tierra. Los productos cultivados son los que el campo da, cuando el hombre lo ha labrado y sembrado. Según esto, es naturaleza el conjunto de lo nacido de sí, oriundo de sí, y entregado a su propio crecimiento. Enfrente está la cultura, ya sea como la producción directamente por un hombre actuando según fines valorados, ya sea, si la cosa existe antes, como lo cultivado intencionalmente por el hombre, en atención a los valores que en ello residan” (Ciencia Cultural y Ciencia Natural).

De tal modo que siempre hay un valor incorporado en todo proceso o hecho cultural, resultando que, en definitiva, hay en el fondo de un objeto cultural una espiritualidad latente que exige ser recuperada.

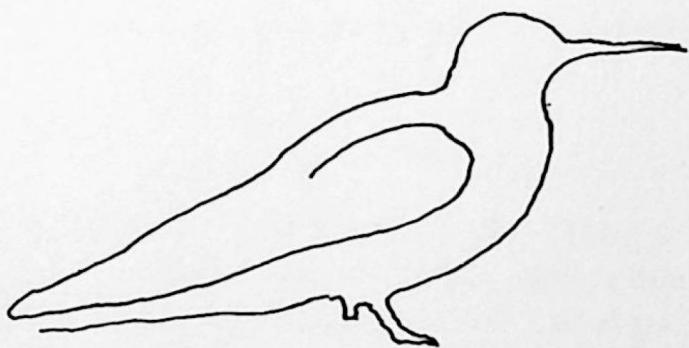
O, para Max Scheler, quien concibe al espíritu como una instancia metafísica, esencial y definitoria de lo humano, que convierte al hombre en algo singularmente distinto y hasta opuesto a la vida en general y solamente vinculable al “fundamento supremo de las cosas”, del cual la vida aún no sería más que una manifestación parcial. Esta extraña condición esencial que es el espíritu se manifestaría, según Scheler, en la persona considerada, ahora, como un centro espiritual activo en un ser finito: el hombre, y cuyas características serían: la libertad o independencia frente a los requerimientos del mundo circundante y la objetividad. “Semejante ser espiritual tiene mundo”, nos dice en *El Puesto del Hombre en el Cosmos*. Es por ello que determina a la cultura (*Bildung*) como ideal cumplido y logrado a la manera de una forma o categoría del ser, a la cual correspondería en cada hombre culto un microcosmos, es decir un mundo resumido. Aun cuando al considerar a la cultura en tanto proceso la entiende paralelamente como un proceso de humanización y de progresiva autodeificación, de

acercamiento, en consecuencia, al fundamento de todo lo real: Dios.

En suma, podemos concluir, por nuestra parte, que la cultura se nos presenta como una actividad humana eminentemente espiritual, en la cual el hombre se realiza como tal en sus virtualidades más profundas y auténticas.

Los caminos de realización cultural son infinitos, cada cual debe poder encontrar el suyo desde sí mismo, tratando de encontrar la mejor manera de resolver la forma de expresarse universalmente sin perder la genuina y propia individualidad. Y, así como Gabriela Mistral pudo afirmar que Chile es una voluntad de ser, podríamos acotar que también debe ser una voluntad de expresión.

EDISON ARIAS A.



CIENCIAS